

AAC 11, 2000, pp. 33-52

## ESTUDIO DEL PROCESO HISTÓRICO DURANTE LA PREHISTORIA Y LA ANTIGÜEDAD EN LA CUENCA DEL ALTO ALMANZORA (ALMERÍA)

*M.<sup>a</sup> de la Paz ROMÁN DÍAZ (\*)*

*Catalina MARTÍNEZ PADILLA (\*)*

*M.<sup>a</sup> Juana LÓPEZ MEDINA (\*)*

*Nicolás SUÁREZ DE URBINA CHAPMAN (\*)*

*Ana Dolores PÉREZ CARPENA (\*\*)*

*Pedro AGUAYO DE HOYOS (\*\*\*)*

*(\*) Universidad de Almería*

*(\*\*) Delegación Provincial de la Consejería de Cultura en Almería*

*(\*\*\*) Universidad de Granada*

### Resumen

En este trabajo se exponen los puntos de partida, resultados preliminares y nuevas consideraciones en torno al poblamiento durante la Prehistoria y la Antigüedad en la cuenca del Alto Almanzora (Almería). El poblamiento prehistórico se ha constatado tanto en el ámbito del valle como en el de montaña, mientras que a partir de época ibérica, éste se centrará en el fondo del valle.

### Abstract

*In this paper we will make known the starting points, preliminary results and new considerations regarding the population distribution through out Prehistory and Ancient Times in the Almanzora Valley (Almería).*

*Prehistoric settlements have been localised both in the valley and the mountains, and since the Iberian period, dwellings have concentrated in the valley.*

El proyecto titulado *Estudio del proceso histórico durante la Prehistoria y la Antigüedad en la cuenca del Alto Almanzora (Almería)* surgió en el Grupo de Investigación ULISES (HUM-O266) de la Universidad de Almería. Se trata de un pro-



de altitud entre sus bordes montañosos y el fondo del valle, que dreña las aguas de dos importantes alineaciones montañosas paralelas: la Sierra de las Estancias al Norte y la Sierra de los Filabres al Sur, con igual orientación y una disminución de altitud también en sentido Oeste-Este. Entre ambas sierras se desarrolla una importante red hidrográfica cuyo eje principal y colector hacia el mar es el río Almanzora.

## 2. EL PAISAJE EN LA COMARCA DEL ALTO ALMANZORA

La comarca del Alto Almanzora está integrada en lo que se ha venido considerando como un Sureste árido, en cambio, existen diversas zonas marcadas por unos contrastes muy acusados, tanto desde el punto de vista orográfico como geomorfológico, como es el caso de la comarca que nos ocupa. Este hecho ha determinado, junto con el distinto grado de agresividad de la intervención humana en el paisaje (sobre todo en el valle principal), la configuración de entornos que ofrecen una diversidad de recursos animales, vegetales, minerales y manantiales de agua.

Aún hoy es común cruzarse por sus sierras con jabalíes, perdices y conejos e incluso avistar alguna rapaz; quedan reductos de encinares y los bosques galería ofrecen una gama variada de frutos silvestres y, sin duda, esta vegetación fue mucho más rica, al menos en la extensión de su bosque en las laderas de las sierras, hoy desoladas o repobladas. La materia prima lítica tan común en la Prehistoria y la Antigüedad como el esquisto, los micaesquistos con granates, las rocas duras, el mármol e incluso el sílex, están presentes sin necesidad de buscar otros puntos más lejanos de procedencia. En cuanto a los minerales, los de cobre y hierro, han sido explotados hasta los años sesenta.

De Norte a Sur, esta cuenca se divide en tres grandes unidades geológicas (Fig.2):

1. *La Sierra de las Estancias*, formada mayoritariamente por materiales carbonatados del Complejo Alpujárride, dentro del núcleo central de las Béticas. Esta sierra está compuesta de materiales calizo-dolomíticos y niveles de filitas, que se asientan sobre un sustrato más antiguo formado fundamentalmente por cuarcitas y esquistos. Está a su vez dividida en diversas unidades (Sierra de Lúcar, Sierra de Oria, Sierra del Saliente) y entre ellas aparecen cubetas y depresiones rellenas de materiales recientes. Dicha geología da lugar a un paisaje en el que se mezclan los cerros escarpados con las depresiones cerradas, y los farallones verticales con los glacis y cuevas. Al igual que en la Sierra de los Filabres, es común la existencia de cuevas y abrigos en los afloramientos calizos.

Las cotas de altura más elevadas de esta sierra son los 1.722 m. del pico de Lúcar y los 1.501 m. del Saliente, pero las pendientes son menos pronunciadas que en la vertiente norte de la Sierra de los Filabres.

La vegetación existente en la actualidad presenta un grado muy alto de degradación antrópica. Las formaciones arbóreas representadas están constituidas por pinares de repoblación (*Pinus halepensis*) anteriores a los años 60 como especie casi exclusiva, y un encinar muy degradado, relegado a zonas de difícil acceso. Se está intentando en la actualidad una repoblación de pinos y encinas, e incluso de nogales en parcelas privadas y subvencionadas. No obstante, hasta el siglo pasado, las referencias toponímicas y documentales nos hablan de amplios pinares autóctonos, encinares e incluso acerales (especie propia de áreas húmedas, con un mínimo de precipitaciones de 600 mm anuales). El resto de la vegetación viene determinada por series de degradación de la vegetación climácica, constituida por especies de porte arbustivo, un pastizal seco de gramíneas de porte bajo y en su estadio más degradado por un tomillar nitrófilo. Esta vegetación se combina con la de algunos tramos de bosque galería en las zonas altas y más encajadas de las ramblas y arroyos.

2. *El fondo del valle*, ocupado por los materiales terciarios del Neógeno (Mioceno-Plioceno) y las terrazas aluviales cuaternarias. Esta superficie está basculada en sentido Norte-Sur y Oeste-Este, lo que provoca por un lado que las ramblas, a partir de su nacimiento en la Sierra de las Estancias discurren en sentido NW-SE hasta llegar al curso principal, el río Almanzora que, por otro lado, debido a tal basculación, discurre próximo a la Sierra de los Filabres. Este factor ha motivado que el piedemonte de la Sierra de las Estancias tenga una suave inclinación y constituya la mayor superficie del valle. En dicho piedemonte se ha abarrancado profundamente la red hidrográfica, como corresponde a la blandura de sus materiales de conglomerados y margas.

En su parte occidental, las terrazas aluviales ofrecen un paisaje de lomas suaves y cerros testigo, cuya forma más abundante son las «muelas» o mesetas aisladas, con suelos fértiles dedicados en su mayoría al cultivo. En cambio en su parte oriental, la naturaleza blanda de sus materiales de los restos de glaciares cuaternarios, el régimen de lluvias y la escasez de la cubierta vegetal, ha propiciado la existencia de una densa red de ramblas y barrancos que han dado lugar a extensas zonas de *bad-lands* que además se ven favorecidos por el abandono de antiguos cultivos.

Para este paisaje tan degradado en una zona de valle, hemos de tener en cuenta las fuertes transformaciones que ha sufrido, sobre todo en este último siglo. La implantación generalizada en el valle del cultivo de uva de mesa, provocó la realización de numerosos aterrazamientos artificiales así como de movimientos de tierra. Pasada esta fiebre, la intensa y continuada actividad agrícola ha provocado una considerable alteración del paisaje y también del registro arqueológico, acentuado en los últimos años por la expansión del regadío, así como por la utilización de maquinaria pesada para allanar el terreno. Además de esta actividad agrícola, otras actuaciones han alterado el paisaje, como la construcción de grandes naves destinadas a almace-

nes, fábricas de conservas, manufactura de mármol junto con la construcción y remodelación de carreteras.

3. *La Sierra de los Filabres* está dominada por materiales metamórficos del complejo Nevado-Filábride (mantos del Mulhacén y del Veleta), aunque con una importante presencia de dos mantos alpujárrides carbonatados y triásicos, Ballabona-Cucharón y Blanquizaes-Estancias. Frente a la heterogeneidad de Las Estancias, aquí encontramos un paisaje en forma de «emparrillado» con una serie de arroyos y ríos que corren paralelos unos a otros en una misma dirección, la Sur-Norte. En éstos desaguan una serie de ramblas y barrancos transversalmente, en una alternancia de elevados interfluvios y profundos y estrechos valles.

La inclinación Norte-Sur del fondo del valle hace que el curso principal, el río Almanzora, discurra más próximo al piedemonte de la Sierra de los Filabres. Asimismo, hemos de destacar que en esta última sierra se conjugan unas altas cotas de altitud (observatorio astronómico de Calar Alto a 2.161 m., Tetica de Bacaes a 2.080 m.) con un espacio muy reducido por su vertiente norte hacia el río, de manera que en sólo un recorrido de 12 km. se pasa de más de 2.000 m.s.n.m. a los 600 m.s.n.m. del valle.

En esta última zona quisiéramos resaltar varios aspectos que han afectado y afectan al establecimiento de las distintas poblaciones:

- Abundancia de manantiales de agua determinados por el contacto entre calizas y filitas en una amplia extensión.
- Numerosas cuevas naturales como corresponde a una formación kárstica.
- Intrusiones de masas aisladas de rocas duras, principalmente metabasitas.
- Afloramientos de mineralización de hierro de buena ley y de fácil extracción, como la goethita (Barranco Manzano, Las Menas, El Cortijuelo y Loma de Meneses)

En cuanto a la vegetación, se conservan aún reductos de especies autóctonas como la encina, el chaparro, el pino mediterráneo y el serbal (concentrados fundamentalmente en La Alfaguara) y bosque galería en la ribera de los cursos fluviales. En las cotas más elevadas se sigue conservando la vegetación típica de alta montaña (landas de retama y estratos de almohadillas espinosas). El monte bajo ha permitido una continuidad en la actividad de pastoreo, articulada principalmente en torno a las cañadas pecuarias.

Los cursos altos de los ríos y arroyos de los Filabres discurren por valles de perfil abierto y de suave pendiente, que se encajan progresivamente en gargantas y desfiladeros a medida que descienden hacia el fondo del valle del Almanzora. Este ámbito intermedio, con unas cotas entre los 1.300 y 900 m.s.n.m. y con una naturaleza filítica del terreno ha constituido históricamente un obstáculo para la ocupación hu-

mana, ya que además carece de manantiales de agua provocando a su vez la escasez de vegetación, compuesta principalmente de matorral de degradación.

El paisaje se vuelve a abrir a partir de la cota de los 900 m.s.n.m., de nuevo con farallones calizos que sirven de pórtico al valle, como las «cerrás» de Alcóntar, Serón y Tíjola, con surgencias de agua y una vegetación más abundante con la presencia de bosques-galería y de nuevo, reductos de encinas. Vuelven a estar presentes las mineralizaciones, destacando las concentraciones de mineral de hierro en el paraje de Los Callejones, y de cobre en la Cueva de la Paloma. En consecuencia, en este tramo se vuelve a concentrar el poblamiento moderno, y también fue así en el pasado, como hemos podido comprobar.

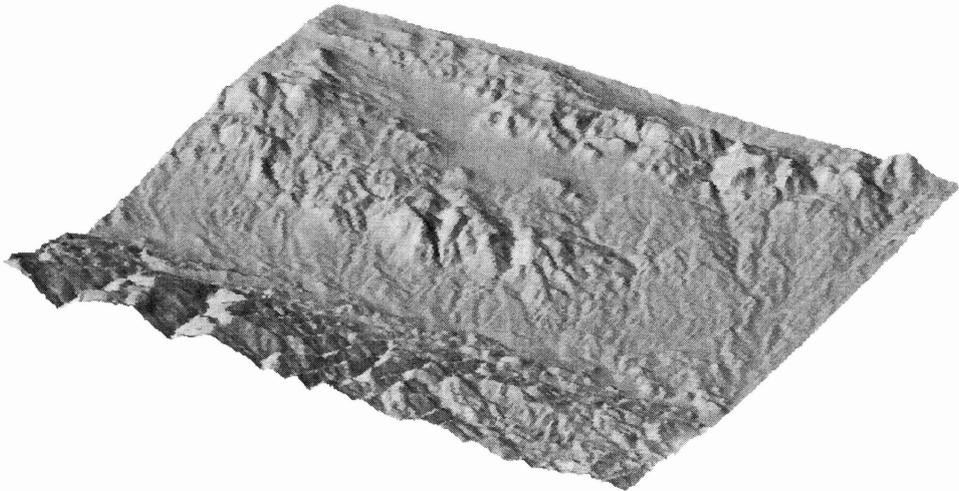


Fig. 2. Perspectiva digitalizada del Valle del Almansora.

### **3. RAZONES DE LA ELECCIÓN DE ESTA COMARCA COMO ÁREA DE INVESTIGACIÓN**

Estamos ante una comarca que nunca ha sido representativa de la provincia de Almería. Decir Almería era prácticamente decir «desierto» y «bad-lands». Es cierto que estamos ante unos paisajes con un frágil equilibrio, ya roto estos dos últimos siglos atrás con la explotación de sus bosques para la minería, el ganado y la agricultura. Tal agresión antrópica ha favorecido la erosión de sus suelos, perdidos al ser escasa la vegetación que pudiera retenerlos, arrastrados por las escasas pero torrenciales lluvias de otoño hacia el gran colector que es el Almansora. En determinadas áreas, sobre todo en el fondo del valle se constata efectivamente tales bad-lands, pero aún quedan reductos de vegetación propia de áreas más templadas en zonas de mayor altitud.

Una vez vista la diversidad de paisajes en esta comarca en el apartado anterior, queremos indicar las tres razones fundamentales que nos llevaron a elegirla para que su poblamiento fuese nuestro objeto de estudio.

1. Esta comarca reúne una gran variedad de recursos potenciales. Tal diversidad propicia el poblamiento e incluso una mayor permanencia de sus ocupaciones sin la necesidad de traslados para cubrir grandes distancias con el fin de optar a dichos recursos (caza, pastoreo, recolección de frutos silvestres y agricultura en las vegas y terrazas de los diversos cursos de agua, sobre todo del río Almanzora).
2. Asimismo, este curso de agua principal ha actuado como paso natural amplio y extenso: a) entre la costa y la Hoya de Baza; b) a través de pasos en la Sierra de las Estancias hacia el pasillo de Chirivel y la zona norte de la provincia, la comarca de los Vélez; y c) a través de pasos en la Sierra de los Filabres, hacia el sur, el Pasillo de Tabernas y Bajo Andarax. En la época de la explotación minera, una antigua línea de ferrocarril, hoy en desuso, unía de forma paralela al río, los pueblos de esta comarca. Esta condición de paso natural ha hecho que históricamente el valle haya sido una zona en la que determinados puntos y sus zonas de cultivo, por sus características favorables, hayan sido ocupados de manera recurrente, hecho que por otra parte, ha provocado la desaparición de yacimientos arqueológicos. A ello hay que añadir las obras de mejora de la red de carreteras.
3. Por último, nos llamaba poderosamente la atención el hecho de que esta comarca careciera de un proyecto de investigación, que abarcara los períodos de la Prehistoria y la Antigüedad, teniendo en cuenta las comentadas características potenciales para el poblamiento. Además se cuenta con noticias del mismo, aunque aisladas, así como de la continua y recientemente precipitada pérdida de los yacimientos arqueológicos.

Las comarcas o zonas que la rodean, cuentan o han contado con proyectos de investigación: la comarca de los Vélez, el Pasillo de Chirivel, la Hoya de Cúllar-Baza, el Pasillo de Tabernas, Pasillo de Fiñana y Bajo Andarax, y sobre todo, el tramo bajo de la Cuenca del Almanzora, donde la Depresión de Vera ha sido ampliamente estudiada desde finales del siglo pasado por Luis Siret, y más intensamente desde 1985 por varios equipos con proyectos de investigación a largo plazo. Quedando el Alto Almanzora justo en el centro y siendo un paso natural, podría ser el ejemplo perfecto de un vacío de investigación, un área marginada respecto a las del resto de los proyectos, sin un estudio global que analizara el proceso histórico de su poblamiento, con una visión de conjunto que superara los trabajos aislados en determinados yacimientos con motivo de excavaciones de urgencia, estudios de materiales y la antigua síntesis que hicieran Georg y Vera Leisner de las «tumbas megalíticas».

#### 4. PUNTOS DE PARTIDA Y NUEVAS CONSIDERACIONES

El objetivo principal en torno al cual giran nuestros presupuestos y procedimientos no es el de hacer una carta arqueológica en la que se clasifiquen los yacimientos por períodos, sino analizar a través de una larga duración las transformaciones que observamos en el poblamiento.

A partir del registro arqueológico disponible proporcionado por las actividades de prospección superficial, intentamos extraer las connotaciones sociales y económicas en el espacio y a través del tiempo. Así, frente a los estudios «atomizados», pretendemos obtener un conocimiento del territorio al tiempo que una visión global de su poblamiento.

Una cosa es trabajar sobre el mapa y otra muy distinta entrar en contacto con la realidad. Al pisar el terreno se aprecia la diversidad de paisajes anteriormente comentada, de manera que ante la programación de las distintas y sucesivas actuaciones, hemos comprobado que procedimientos artificiales de muestreo como los *transects*, que *a priori* ya considerábamos inadecuados, no son efectivamente significativos ya que las variaciones de paisaje no son sólo de Norte a Sur sino también de Oeste a Este, a lo que hay que añadir múltiples impedimentos físicos (multitud de pequeñas parcelas cercadas, fuertes pendientes, profundos barrancos, repoblación con coníferas, etc.).

En consecuencia, las prospecciones están teniendo un carácter selectivo, con las que tratamos de cubrir ecosistemas diferentes y representativos de la diversidad señalada.

A lo anterior hemos de unir las características propias del registro arqueológico, es decir, las condiciones de conservación del material y su relativa poca densidad provocada tanto por factores naturales como por la ubicación continuada del poblamiento en los mismos lugares. Tales factores han hecho que en muchos casos dicho registro no permita una adscripción «arqueográfica» clara.

En relación con lo anteriormente comentado, y dada la patente destrucción del patrimonio, sobre todo en la zona del valle en donde hemos podido constatar su reciente aceleración, recogemos en las fichas de campo el mayor volumen de información, tanto para los trabajos de investigación como para evaluar las posibilidades de su conservación y protección.

Por otra parte, la toma de contacto directo con el terreno, ha mostrado que el poblamiento tradicional viene ocupando de manera recurrente los mismos lugares que el poblamiento prehistórico y antiguo, que a veces se superpone en el mismo emplazamiento. Este hecho ha contribuido a salvar una de las limitaciones de la prospección de carácter físico, concretamente en las zonas de alta y media montaña de gran pendiente, con un sustrato esquitoso, escasa vegetación y ausencia de manantiales de agua. Tales condiciones han hecho que ciertos sectores carezcan de poblamiento,

incluso en los momentos actuales a pesar de las posibilidades técnicas. Con el muestreo en uno de estos sectores se comprobó la ausencia de poblamiento en todas las épocas.

En zonas marginales, ignoradas, como la alta montaña, han pervivido las formas de vida tradicionales de autosubsistencia hasta hace 30 años, salvo episodios de explotación minera por parte de compañías extranjeras. En el Sureste, y casi en general, es normal observar un contraste entre el desarrollo económico y social de las zonas interiores, más aisladas y desconectadas, y el de las zonas costeras en las que se multiplica el número de recursos y de relaciones con otras orillas, con un desarrollo distinto y más acelerado de los cambios. A su vez, en la comarca del Alto Almanzora, el «boom» de la actividad agrícola y minera de este siglo permitió un ritmo más rápido de transformaciones en el valle que en las zonas de montaña, donde tan sólo un reciente interés por el turismo rural está dando otro uso a los recursos naturales.

Este «aislamiento» hasta hace pocos años, sobre todo en las áreas de montaña, nos ha permitido *a posteriori* formular dos presupuestos a la hora de poder elaborar hipótesis para las sociedades de un pasado más remoto en dos sentidos:

- Consideramos más coherente poder establecer analogías con las poblaciones posteriores de este área para su desarrollo en el pasado que con otras sociedades actuales de lugares más remotos consideradas como «primitivas», es decir, alejadas en el espacio y en el tiempo.
- Las sociedades humanas han sido diversas en la misma época, y buscamos contrastar esa diversidad de acuerdo con el objetivo principal expuesto (por ejemplo, los elementos muebles de la cultura material de los asentamientos argáricos de la costa es diferente a los del interior).

Puesto que partimos de la necesidad de un estudio contextualizado espacial y temporalmente, consideramos que el examen macroespacial debe ser previo al estudio de contextos particulares. Los territorios y paisajes actuales son el resultado de una sucesión no siempre acumulativa de territorios y paisajes del pasado. Para poder diferenciar estos territorios habrá que considerar un conjunto de factores (o variables) que van desde la ubicación de los asentamientos hasta la presencia-ausencia cuantitativa y cualitativa de contextos materiales: situación, morfología, estado de conservación (procesos post-deposicionales), extensión, potencia estratigráfica-arqueológica, estructuras apreciables o elementos de construcción, cantidad-calidad, co-presencias y co-ausencias de elementos muebles y potencialidad de los recursos.

La articulación de este conjunto de factores permitirá distinguir un primer nivel de patrones de poblamiento. Para pasar al nivel de la distribución y las relaciones entre los asentamientos y sus procesos de cambio, es imprescindible la obtención de

cronologías absolutas, con una muestra abundante y lo más precisa posible. Con frecuencia, cuando se establecen discontinuidades históricas o «culturales», se realiza una traducción mecánica de una discontinuidad arqueológica muy localizada y se extrapola mediante una generalización a escala comarcal y regional. Habría por tanto que distinguir entre continuidad/discontinuidad arqueológica y continuidad/discontinuidad histórica tanto a escala microespacial como macroespacial. Esta última, junto con la cronología, será la que pueda precisarnos si una discontinuidad arqueológica tiene que ver con un cambio histórico o con el desplazamiento de una población cuya movilidad forma parte de su sistema de vida.

En consonancia con lo anterior, los objetivos del proyecto y el propio proceso de ejecución del trabajo de campo y de laboratorio, hemos considerado oportuno la realización de una serie de análisis cuya naturaleza y número han venido condicionados por dos factores esenciales: el tipo de muestras susceptibles de obtenerse en una prospección superficial, y el presupuesto disponible. Los análisis realizados han sido de dos tipos: por un lado de termoluminiscencia (TL), y por otro arqueometalúrgicos.

Los primeros análisis de TL son de 9 muestras de cerámica, realizados por el Laboratorio de Datación y Radioquímica de la Universidad Autónoma de Madrid. La selección de muestras correspondía a los siguientes criterios:

- Comprobar la cronología de algunos materiales cerámicos que ofrecían duda, especialmente en aquellos yacimientos donde se encontraban fragmentos amorfos a mano, tanto prehistóricos como medievales.
- Lograr unas mínimas referencias de sucesión cronológica en algunos lugares donde existe una concentración de yacimientos, presumiblemente no muy lejanos en el tiempo, como el conjunto de necrópolis de Purchena.
- Reforzar la validez de estos análisis (dado el grado mayor de alteración al tratarse de muestras de superficie), enviando una muestra de época conocida (romana) siendo el resultado coherente con la cronología del yacimiento.

Los estudios arqueometalúrgicos, realizados por Salvador Rovira Llorens por medio de la microscopía electrónica de barrido, se han llevado a cabo sobre muestras de escorias, minerales y metales.

El interés de la aplicación de técnicas arqueometalúrgicas reside en la posibilidad de establecer análisis comparativos de tecnología y composición que sirvan para ayudar en el proceso de estudio de los contextos arqueológicos y culturales, es decir, además de determinar tecnologías, se trata de aportar también datos cronológicos en aquellos casos en que el contexto arqueológico del lugar prospectado no resultara concluyente.

## 5. RESULTADOS (Fig. 3)

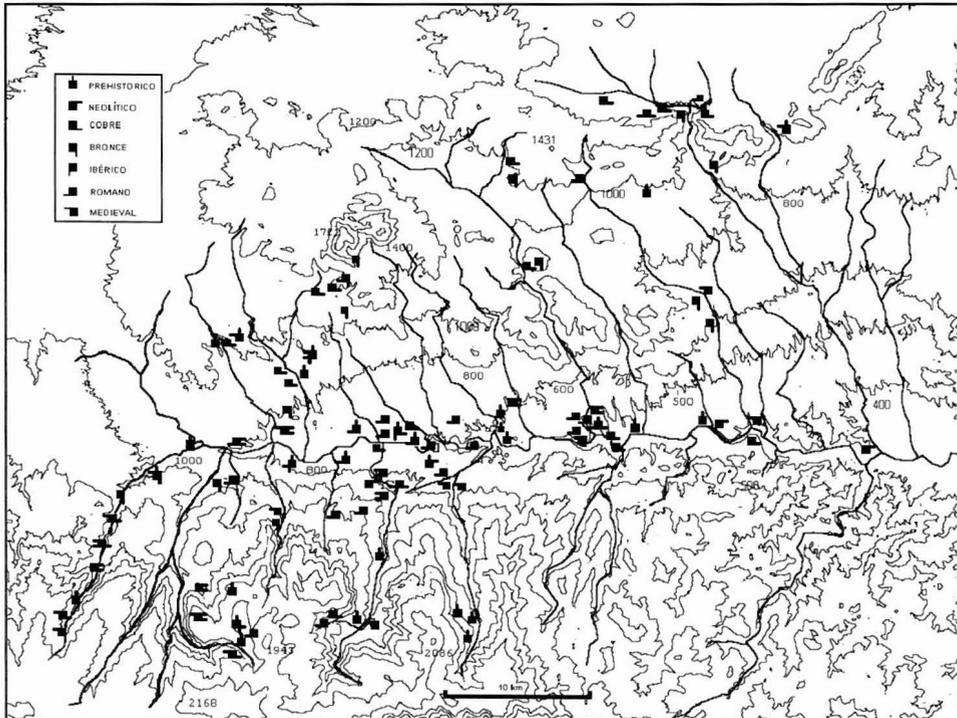


Fig. 3. Localización de los yacimientos de las cuatro campañas realizadas.

### 5.1. Poblamiento prehistórico

En relación a las sociedades cazadoras-recolectoras, sólo se conocían escasas noticias orales y bibliográficas de yacimientos en cueva que han sido prospectados por nosotros, en las que sin embargo se ha constatado un registro arqueológico correspondiente a épocas posteriores. Se ha encontrado algún hallazgo sin contexto preciso que indicara la existencia de dicho poblamiento, ya que por el momento no puede determinarse si se trata de material en posición primaria o derivada.

Para los inicios de la práctica de la agricultura y de la ganadería, se tenían igualmente noticias de ocupaciones en cuevas que, una vez prospectadas, los conjuntos arqueográficos mostraban nuevamente ocupaciones posteriores. Sin embargo, contamos con tres yacimientos al aire libre (Libertao, Cerro Alamedilla, Cerro Almanzora) cuya cultura material de cerámicas lisas y decoradas (impresa, incisa, almagra, plástica de cordones), microlitos junto con todos los elementos de sílex que corresponden a diferentes fases del proceso de fabricación, cuentas de collar y brazaletes de piedra y concha, etc., constata la presencia de dicho poblamiento, al igual que en

el tramo bajo. En los tres casos sus emplazamientos están cercanos al valle del río Almanzora, sobre las terrazas de las laderas de cerros calizos junto a una rambla o río secundario, a bastante altura relativa, siendo la altura máxima de 120 m. sobre el río. Sus materiales nos permiten estimar una cronología de finales del V y principios del IV milenio a.C. que esperamos corroborar con nuevas muestras de TL.

Este poblamiento parece haber mantenido la caza y la recolección como recursos principales conforme adoptaba algunas de las innovaciones. Su localización cercana a tierras buenas de labor podría indicar la práctica de la agricultura.

En la zona del valle, a una altitud que oscila entre 600 y 800 m.s.n.m. hemos documentado otros indicios de ocupaciones prehistóricas, aunque el mal estado de conservación del registro impide por el momento un diagnóstico más preciso.

Según el registro arqueológico que tenemos, al menos en este área, hasta finales del IV y principios del III milenio a.C. no se puede hablar del desarrollo de un «modo de vida campesino» (en el que la interacción entre la sociedad con el medio se basa en la vinculación permanente de los productores primarios a sus medios de producción agraria, fundamentalmente la tierra). Es a partir de estos momentos cuando constatamos aldeas con almacenamiento y los primeros enterramientos en tumba con túmulo, es decir, estamos ante comunidades que invierten un mayor esfuerzo en la realización de estructuras de carácter permanente.

Para estas primeras comunidades aldeanas, podríamos avanzar tres pautas distintas de poblamiento. Aunque la mayor concentración está en el fondo del valle, haremos un recorrido de Norte a Sur:

En la *Sierra de las Estancias* siempre se localizan en zonas de alto potencial agrícola. En la parte noroccidental, bajo la Sierra de Lúcar, su emplazamiento es sobre pequeños asentamientos que no superan los 1500 m<sup>2</sup>, en lomas de suave pendiente, cerros y pequeñas mesetas (Cortijo del Maestro, Cortijo del Rito, Cortijo Jurado, Cortijo Cabrera, Cortijo del Aguador, Molino de la Jauca), con una ubicación heterogénea, junto con otros de mayor tamaño, probablemente por ser más cercanos al valle del Almanzora, escasos en número, situados en zonas más llanas y de mejores posibilidades agrícolas (los Pedregales de la Jauca Alta, Cortijo de María Jiménez). Hacia el Noreste se localizan tanto en amplias laderas aterrazadas, al pie de cerros calizos (Balsa Platero), como sobre amplias lomas que forman una altiplanicie junto a la Sierra de Oria (Los Porteres, El Margen, la Umbría de Arriba). A las características de estos últimos se asimilan la de los más cercanos al valle en la parte noroccidental. En ambos casos se documenta la existencia de fuentes y la utilización de la piedra o del adobe para la construcciones. Una razón que puede justificar una mayor entidad para estos últimos yacimientos puede deberse a que además están situados cerca del pasillo de la Boca de Oria, un paso natural que comunica el valle con el pasillo de Chirivel, y posiblemente aglutinó el poblamiento en núcleos más

grandes y más estables, ya que una mayor inversión de trabajo en construcciones más sólidas implica una permanencia en la ocupación más dilatada en el tiempo.

En *el fondo del valle* los asentamientos se sitúan en la confluencia de las ramblas con el río Almanzora, son de gran tamaño, poseen mayor potencia estratigráfica y en ellos se documenta la piedra como material de construcción. Se ubican en mesetas más o menos extensas, de escasa altura respecto al río y junto a suelos potencialmente fértiles para la práctica de las actividades agrícolas.

Las estructuras de enterramiento, tradicionalmente incluidas en lo que se ha venido denominando «Cultura de Almería», tienen un alto grado de destrucción, quedando en algunos casos tan sólo escasos elementos o el paraje, como ocurre en el Llano de la Lámpara o en la Loma de la Atalaya (Purchena). No obstante hemos podido documentar algunas tumbas aisladas, inéditas, en las que se ha conservado parte de la estructura (La Mancoba, La Ruina), si bien hemos comprobado cómo una de ellas (en una cuerda de la Muela del Ajo), ha sido destruida por las labores agrícolas en un par de años. De la Ruina proceden las fechas más antiguas proporcionadas por los análisis de TL ( $4368 \pm 377$  BP), seguidas de las obtenidas en muestras de El Plantonal ( $3989 \pm 358$  BP,  $3841 \pm 335$  BP).

Se localizan en mesetas limitadas por ramblas, a una altura de unos 30 m. sobre las mismas, concentradas especialmente en la Rambla de Somontín, Rambla Salada y Barranco del Infierno, y en determinadas áreas como sucede en el entorno de Purchena, ya documentado por los Leisner.

En una primera aproximación, se puede hablar de la existencia de los primeros asentamientos (algunos conocidos como Los Cortijillos, Llano de los Turuletes, Las Churuletas, otros inéditos, como La Ruina, El Barranco del Infierno), con muros perimetrales, que muestran ocupaciones más largas en el tiempo y de mayor tamaño, junto con los cercanos al norte de la Rambla de Oria (entre 5.200 y 7.500 m<sup>2</sup>), aunque resulta difícil cuantificar su duración. En ellos se han detectado también evidencias de lo que pudo ser una actividad de almacenamiento.

En el conjunto de Purchena podemos distinguir dos tipos de yacimientos, en unos casos las evidencias nos permiten hablar de asentamiento y necrópolis en el mismo lugar (La Ruina, Llano de los Turuletes) mientras que en otros sólo hay evidencias de asentamiento (Las Churuletas, Barranco del Infierno). Por el momento, no es posible pronunciarse con un grado suficiente de seguridad acerca de las relaciones de contemporaneidad entre unos y otros, así como de la relación, si la hubo, entre algunos de ellos y las tumbas aisladas. No obstante, las fechas obtenidas por TL nos permiten una aproximación diacrónica de más antiguo a más moderno: La Ruina, tumba del Plantonal y Barranco del Infierno.

Hacia el Este se vuelve a repetir el patrón de localización de las tumbas, cercanas al río, en torno a Fines y Cantoria (Llano de la Media Legua, el Faz). Si seguimos el curso del río en dirección Oeste, las huellas del poblamiento prehistórico se

hacen más escasas, ya que coincide con la mayor importancia del poblamiento posterior ibérico y romano. Sin embargo, cabe destacar el poblamiento de la Muela del Ajo, constatado por elementos muebles y el de Los Cortijillos, el más occidental.

En la *ladera norte de la Sierra de los Filabres*, el poblamiento parece estar ordenado siguiendo la red hidrográfica. Entre la alta montaña y los 900 m.s.n.m., se constatan asentamientos que no superan los 5.000 m<sup>2</sup>, se localizan en las curvas cerradas de los cursos fluviales de montaña, a una altura relativa de unos 40 m., junto a minúsculas vegas inmediatas, cuando existen, y/o asociados a fuentes naturales, circunstancia que ha marcado una continuidad en el poblamiento hasta la actualidad. Otros se ubican en zonas más altas en lugares destacados del paisaje, por lo que poseen una mayor visibilidad del entorno inmediato y entre sí (Nacimiento del Barranco de las Menas).

El registro arqueológico muestra la existencia de dos tipos de ocupaciones. En unos, las evidencias de estructuras poco sólidas, su pequeña extensión y escasos elementos muebles, parecen indicar que eran ocupados durante períodos poco prolongados que no han permitido la acumulación de depósitos arqueológicos potentes (Los Peñas, los Tres Morales, Los Berros). Es probable que tales aldeas estuvieran relacionadas no sólo con la explotación de las pequeñas vegas sino también con el potencial de pastos de verano y otros recursos de alta montaña. Según esto, podría plantearse una doble hipótesis para este tipo de pequeñas ocupaciones:

- Poblamiento permanente de montaña, con un registro prácticamente destruido por ocupaciones posteriores medievales.
- Ocupaciones recurrentes estacionales entre la montaña y el valle.

Otro tipo de asentamientos (Los Pajarillos, Los Checas, Cortijo Nicanor, El Chapo, Barranco de la Huertezuela), cuentan con evidencias de una mayor permanencia en zonas de suelos más aptos para el cultivo, lo que viene confirmado por la práctica continuada del mismo en terrazas, de manera que las labores agrícolas a través del tiempo han sacado a la superficie los restos arqueológicos. Esta circunstancia ha permitido observar en algunos casos, que el relleno arqueológico pudo alcanzar más de 0,50 m. de espesor.

La cantidad y calidad de restos arqueológicos muebles que contienen, los distingue cualitativamente no sólo del resto de los asentamientos de montaña sino también de los del valle. La presencia de grandes vasijas de almacenamiento, y otros recipientes como fuentes y cazuelas, así como molinos, objetos pulimentados (azuelas, escoplos), puntas de flecha, etc., indican prácticas de producción, transformación y consumo. El hallazgo de elementos de construcción como adobes con improntas de cañas y piedras, probablemente reutilizadas en las paratas de las terrazas modernas, así como la concentración y abundancia de los materiales indicados, apoyarían la presencia de un poblamiento permanente.

La ausencia de enterramientos relacionados con ambos tipos de comunidades (al menos no se han documentado) puede deberse a varias causas. Por un lado, al tipo de ritual, de tal manera que hace difícil la localización de los enterramientos si el sistema, distinto al del valle, era por ejemplo en el interior de cuevas o simplemente no se practicaba la inhumación (primera hipótesis). Por otro lado, es posible que estemos ante comunidades emparentadas con las del valle (segunda hipótesis) cuya fijación a la tierra tanto en la vida como en la muerte tiene su expresión en las necrópolis de esta última zona, de manera que éstas pertenecerían tanto a los asentamientos del valle como a los de la montaña.

En la zona de alta montaña, en las cabeceras de los ríos, arroyos y zonas de collados (Collado del Conde, Río Bacaes, Río Sierro), con puntos de agua y posibilidades agrícolas, hemos encontrado, en cambio, evidencias de un poblamiento cuyas ocupaciones responden a actividades de carácter estacional, como el pastoreo, en la Fuente de la Alfaguara y Fuente Nueva a 1.550 m.s.n.m. Su localización junto a vías de paso para el ganado, así como la escasez e indefinición del registro detectado, apoyarían esta hipótesis.

Tras esta forma de ocupación, asistimos a un cambio que situamos en torno al II milenio a.C. Se manifiesta en una localización del poblamiento más homogénea en el espacio reduciéndose el número de ocupaciones.

En la sierra de los Filabres se sitúan en lugares de difícil acceso en las márgenes de los cursos medio y alto de las ramblas principales (Castellón de Angosto, El Saltador), así como en zonas de alta montaña (Blánquez del Saúco, Barranco de las Herrerías, el Puntal de los Lerenzos). Se organizan en terrazas sobre cerros o laderas muy escarpadas. Se emplea de una manera masiva la piedra y, en un caso, debido a excavaciones clandestinas, se ha constatado la presencia de tumbas en cistas de piedra en el interior del hábitat, muros escalonados que organizan el mismo e incluso alguno que pudo servir de límite o cierre de la zona habitada.

En la zona que marca el límite entre la sierra y el valle, donde el paisaje se abre a partir de los 900 m.s.n.m., se localizan en una posición dominante sobre el valle del Almanzora (Cerrá de Alcontar, Barranco Bolonor, los Callejones y la Cerrá de Tijola), con alturas relativas entre 30 y 150 m., sobre cerros calizos, con destacados farallones rocosos. Se repite, en definitiva, lo observado en zonas de media y alta montaña, si bien en esta banda más próxima al río, un poblamiento posterior de gran entidad, fundamentalmente romano y medieval, ha enmascarado el registro prehistórico.

En el valle, se abandonan las mesetas inmediatas al río salvo algún caso aislado (Barranco de los Chopillos) que por otra parte está junto a una cañada tradicional para el ganado en dirección a Baza, es decir, un paso natural que además está próximo a la rambla que lleva hacia la Sierra de Lúcar.

En general las características del poblamiento de la Sierra de los Filabres se repite en la Sierra de las Estancias y su piedemonte (Poveda, El Castillico, Cerro del

Arquillo y el conocido Picacho de Oria). Pero en esta última sierra, en zonas de relieve más atenuado e incluso alomadas, también se han detectado ocupaciones de esta época, si bien sólo están representados por algunos elementos muebles (Cortijo del Rito).

Hemos de añadir además ocupaciones en cueva, posiblemente de carácter temporal en ambas sierras, que podrían ponerse en relación con la actividad de pastoreo (Cueva Almaceta, Cueva de la Sarna, Cueva del Collado del Conde).

Para toda la zona prospectada podríamos hablar de una mayor distancia entre los asentamientos, homogeneidad y concentración del poblamiento para esta época.

## 5.2. Poblamiento ibérico y romano

En general podemos decir que a partir de estos momentos, el poblamiento se concentra en el valle, y tras la integración del Sureste peninsular en el mundo romano, se observa una ocupación en la montaña, aunque escasa, y relacionada con ciertas explotaciones específicas (minas y pastos) (los Checas, el Castellón de Angosto, el Marchal del Abogado).

Por otra parte, la continuidad de la cultura material de tradición indígena después de la conquista romana hace difícil en ocasiones una mayor precisión cronológica.

Cabe destacar que hemos constatado un importante **poblamiento ibérico** inédito en la comarca del Alto Almanzora en el espacio que hasta el momento hemos prospectado. Tales resultados son de gran relevancia, puesto que en el extremo suroriental de la Península Ibérica existe una gran laguna en la investigación sobre esta época, siendo muy escasos los yacimientos conocidos.

Se ha constatado un aumento de las ocupaciones ibéricas a partir de la apertura del valle, desde este punto hacia el Este se evidencia una mayor extensión de tierras fértiles potencialmente explotables. Este hecho debió ser un factor muy importante para el asentamiento de poblaciones cuya economía era fundamentalmente agrícola.

El patrón de asentamiento se repite sobre lomas de suave pendiente y muelas junto al valle o en las márgenes de las ramblas, con abundantes recursos hídricos (fluviales y fuentes próximas al asentamiento) y de accesibilidad directa a suelos fértiles de vega y a otros recursos del entorno (pesca, caza, recolección, minería).

En cuanto a la distribución de los yacimientos encontramos 4 en la zona de piedemonte, en la vertiente sur de la *Sierra de Lúcar*, junto a cursos fluviales (Los Prados, Los Carrillos, La Loba y el Faz). Su altura relativa está entre 30 y 10 metros, una extensión entre 4,5 y 5,4 Ha, sin poder precisar más el área de ocupación ibérica por la superposición de ocupaciones posteriores, además, las labores agrícolas continuadas han provocado una dispersión del material que ha llegado a alcanzar 8,5 Ha. En cuanto a la potencia estratigráfica, oscila entre los 2 m. de la Loba y 1 m. de los Carrillos. En este último, hemos registrado la presencia de elementos constructi-

vos y restos de estructuras que pueden relacionarse con esta época (adobe y piedras recortadas de mediano y gran tamaño), que forman muros perimetrales en las terrazas de las laderas. En cuanto a la cultura material mueble, cuenta con fragmentos de cerámica a torno pintada y común de cuencos, jarritas, vasijas de gran tamaño, etc.

En el *fondo del valle*, más próximos al río, se han detectado 5 de ellos sobre laderas aterrazadas para cultivos en la confluencia de la rambla con el valle (Cortijo Clemente) o sobre muelas, todos ellos en la margen izquierda del río (Muela del Tío Félix, Muela del Ajo, Muela del Pozo y Cortijo del Prado). En ninguno se han detectado elementos constructivos ni estructuras. Su extensión es menor (entre 0,5 y 2,2 Ha) excepto para la Muela del Ajo, con 7 Ha.

Este último yacimiento presenta la ocupación ibérica más antigua y extensa documentada hasta el momento. Los restos de cultura material son cerámica a torno pintada y común, escasos fragmentos a mano y algunos de cerámica ática de figuras rojas datados en el siglo IV a.C. Se encuentra situado en una de las zonas más fértiles del valle y domina la vía de comunicación natural entre el asentamiento fenicio-púnico de Villaricos, en la desembocadura del río Almanzora, y los *oppida* ibéricos del interior, como *Basti* y *Tutugi*. También se han hallado escorias de hierro, plomo y cobre, que evidencian la explotación de los recursos mineros del entorno inmediato de la sierra de los Filabres. Todo ello hace pensar que nos encontramos ante un *oppidum* ibérico que posiblemente actuaría como centro rector del poblamiento ibérico coetáneo, pero de momento, no se puede precisar más su papel en la ordenación del territorio.

Al sur del río Almanzora, en su margen derecha, en el tramo bajo y confluencia del río Bacaes con el Almanzora, se han localizado tres yacimientos ibéricos (Cerro del Almirez, La Cerrá y Diente de la Tejera) bastante próximos entre sí, en las últimas esribaciones de la *Sierra de los Filabres*. Su extensión es pequeña (en torno o inferior a 1 Ha), si bien uno de ellos (el Diente de la Tejera), al tratarse de un cerro testigo muy erosionado, no permite una evaluación muy realista.

Poseen un amplio campo de visión sobre su entorno inmediato. Merece especial atención La Cerrá, conocida como Tijola la Vieja por su importante ocupación medieval y que aún conserva construcciones de gran entidad (murallas, aljibes). Las primeras noticias de la ocupación anterior se deben igualmente a M. Pellicer y P. Acosta. El poblamiento ibérico se localiza en una plataforma en la ladera SW de la Cerrá I y II. La cerámica pintada indica su contemporaneidad con el *oppidum* de la Muela del Ajo, al menos durante el siglo IV a.C. En este conjunto también hay que destacar la Cueva de la Paloma, cueva-mina cuya principal explotación se relaciona con el mineral de cobre (azurita y malaquita) y en cuyo interior encontramos un fragmento de cerámica pintada ibérica. C. Domergue menciona la presencia de fragmentos de ánforas ibéricas y platos áticos, en este lugar (Domergue 1987: 12-13).

Todas estas evidencias confirman el desarrollo de un importante poblamiento ibérico en el alto valle del Almanzora, que hasta el inicio de este proyecto no se había documentado, excepción hecha de algunas menciones de materiales.

Para la **época romana**, las dos novedades más destacadas son la localización de la ciudad romana de *Tagili* y el hallazgo de un asentamiento que evidencia la explotación intensiva de una mina de hierro en Los Callejones.

Proponemos además como hipótesis que, tras la conquista romana, el poblamiento ibérico no parece sufrir muchos cambios, concentrándose en el valle y perviviendo algunos asentamientos durante los siglos II y I a.C. No obstante, cabe destacar que en época republicana se produce el traslado de la población de la Muela del Ajo a *Tagili*, ya que los materiales que aparecen en el primero arrojan una cronología límite para su ocupación del siglo II a.C. Este fenómeno no constituye un caso aislado en el Sureste peninsular ya que también se ha observado en el traslado del poblamiento del Cerrón de Dalías a *Murgi* (Ciavieja, El Ejido, en la costa poniente de Almería).

*Tagili* es el asentamiento romano de más envergadura del Alto Almanzora conocido hasta el momento, alcanza una extensión de 14 Ha en una primera estimación, a través de los parajes de la Estación de Tíjola y Pago de Cela. Por el material que aparece en superficie abarcaría una época comprendida entre el siglo I a.C. y el siglo VII-VIII d.C.

En las áreas más próximas al núcleo urbano de *Tagili*, en el piedemonte de la Sierra de las Estancias, se han detectado pequeños núcleos rurales *ex novo* ubicados en pequeñas lomas (Cigarra Oeste, Cortijo en Cruz o Rambla de Somontín).

Este tipo de asentamientos contrasta con los situados en suelos más fértiles desde el punto de vista agrícola, situados entre el piedemonte y el valle, que en ocasiones tienen una ocupación ibérica o republicana anterior. Ocupan principalmente pequeñas elevaciones sobre la llanura fluvial en clara relación con el aprovechamiento de los recursos agrícolas, por lo que dominan una amplia extensión de terreno. Su extensión oscila entre las 2 y 5 Ha y suele aparecer material de construcción como tégulas, ímbrices, restos de estuco, etc. Se trata de posibles *villae*, cuya actividad agrícola además se expresa en algunos elementos como aras, piedras de molino, depósitos de agua, etc. (Cortijo Onega, La Loba, Los Carrillos, Los Prados).

Queremos destacar nuevamente, que el poblamiento romano experimenta un aumento a partir del punto en el que el valle se abre, coincidiendo con la existencia de mejores tierras para el cultivo, y la presencia de un municipio latino como es *Tagili*. Por otra parte, este poblamiento está ausente en la actual zona de bad-lands, probablemente por la menor fertilidad de estas tierras desde el punto de vista agrícola.

Este panorama relacionado con la actividad agrícola, se complementa con el hallazgo de un asentamiento que evidencia paralelamente la explotación intensiva de los recursos mineros de la zona, se trata de Los Callejones. Situado a 1.215 m.s.n.m.,

a 30 m. de altura sobre el Barranco del Hierro y en un paraje formado por crestones calizos. Las evidencias arqueológicas (al menos dos bocas de mina, fragmentos de paredes de hornos, mineral, escorias de sangrado y de fundición, cuarzo triturado) junto con los resultados de los análisis arqueometalúrgicos, demuestran que en este lugar se llevó a cabo una actividad minera donde están representados todos los eslabones del proceso productivo del mineral de hierro: extracción, primera fundición, y por último, la fragua. El hallazgo de estructuras de habitación confirma además la presencia estable de las personas encargadas del proceso. El material cerámico (cerámica pintada de tradición ibérica, campaniense C y fragmentos de ánforas) indica claramente una explotación realizada en torno al siglo I a.C.

En época altoimperial se reafirman las pautas del poblamiento romano, que sigue articulado en torno al núcleo de *Tagili*, y continúa asentándose en las zonas llanas en muelas o lomas junto al río (la Venta del Judío, Cortijo de la Muela II, Cementerio de Armuña, Barranco del Agua). El menor número de asentamientos localizados en la margen derecha del río Almanzora, debe estar en estrecha relación con la orografía del terreno, donde las zonas llanas son escasas y coinciden con los actuales núcleos de población como Tíjola y Armuña de Almanzora, hecho que ha supuesto una gran alteración del registro arqueológico. Un ejemplo evidente lo constituyen los restos del Cementerio de Armuña, en la parte más alta de este núcleo de población, que demuestran la existencia de un asentamiento romano. Se trata de una construcción, con un alto grado de conservación, cuyo revestimiento de *opus signinum* nos indica que debió ser utilizada como cisterna.

En cuanto al poblamiento bajoimperial y tardorromano, los restos que hemos documentado han permitido mejorar el panorama existente hasta el momento. Se ha constatado su presencia no sólo en el valle, que presenta en su mayoría una continuidad del poblamiento hasta época emiral, sino también en cotas más elevadas (Era de la Umbría, La Cerrá, La Muela de Armuña, la Serpentina o la Venta del Judío).

No superan los 5000 m<sup>2</sup> excepto la Muela de Armuña, de 2 Ha, que se puede relacionar con una *villa*, y la Venta del Judío, cuya extensión (3 Ha) y dispersión del material, tanto constructivo (ladrillos, tégulas, ímbrices) como mueble (*terra sigillata clara, dolia*, cerámica común) indican posiblemente la presencia de una aldea rural.

En cuanto a los asentamientos situados en la Sierra de los Filabres, incluso en la alta montaña a 1.400 m.s.n.m. (El Cortijuelo, el Rascador, Cueva del Collado del Conde), son de pequeña extensión, no llegan a la media hectárea, y están representados por la presencia de *terra sigillata* clara y cerámica a torneta. Parecen responder a un poblamiento de altura, donde el material registrado, el hallazgo en todos de escorias de hierro, su situación junto a suelos fértiles para el cultivo y a cañadas pecuarias, evidencian la realización de distintas labores orientadas al autoconsumo.

Todo esto se puede poner en relación con una nueva organización social y económica durante el Bajo Imperio y la Antigüedad Tardía, tendente a una mayor con-

centración de la propiedad de la tierra y la presencia de comunidades en zonas marginales con una economía más autosuficiente.

## 6. BIBLIOGRAFÍA

- DOMERGUE, C. (1987), *Catalogue des mines et des fonderies antiques de la Péninsule Ibérique*. T. I, Madrid.
- LÓPEZ MEDINA, M.ª J. (1997), *Espacio y territorio en el Sureste peninsular: la presencia romana*. Tesis microfichada. Universidad de Almería.
- LÓPEZ MEDINA, M.ª J. (e.p.): «El municipio de *Tagili* (Tíjola, Almería) y el aprovechamiento de las aguas termales de Ceta en época romana». *Incontro internazionale di studio sul «Termalismo antico»*, Montegrotto, Noviembre de 1999.
- MARTÍNEZ PADILLA, C., AGUAYO DE HOYOS, P., ROMÁN DÍAZ, M.ª P., LÓPEZ MEDINA, M.ª J., PÉREZ CARPENA, A. D., SÁNCHEZ QUIRANTE, L., RAMOS DÍAZ, J. R. (1997): «Proyecto Alto Almanzora. Primera fase». *Anuario Arqueológico de Andalucía, II, 1993*, pp. 7-13.
- PELLICER, M., ACOSTA, P. (1974): «Prospecciones Arqueológicas en el Alto Valle del Almanzora (Almería)», *Zephyrus XXV*, pp. 155-179.
- PÉREZ CARPENA, A. D. (1995): «El poblamiento ibérico en el extremo suroriental de la Península Ibérica. Estado de la cuestión», en : C. Martínez Padilla (eda.): *A la memoria de Agustín Díaz Toledo*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Almería. Almería, pp. 173-184.
- ROMÁN DÍAZ, M.ª P. (1997), *Comunidades del VI al III milenio a.C. Aproximación al proceso de sedentarización en el Sureste peninsular*. Tesis microfichada. Universidad de Almería.
- ROMÁN DÍAZ, M.ª P., MARTÍNEZ PADILLA, C., SÁNCHEZ QUIRANTE, L., PÉREZ CARPENA, A. D., CASSINELLO ROLDÁN, S. (1996), «El Neolítico en la Cuenca Alta del río Almanzora (Almería): una revisión crítica». *Rubricatum 1*, vol. 2, Gavà-Bellaterra, pp. 613-618.
- ROMÁN DÍAZ, M.ª P., LÓPEZ MEDINA, M.ª J., PÉREZ CARPENA, A. D., MARTÍNEZ PADILLA, C., SÁNCHEZ QUIRANTE, L., RAMOS DÍAZ, J. R., AGUAYO DE HOYOS, P. (1999): «Proyecto Alto Almanzora. Campaña de prospección arqueológica superficial 1994». *Anuario Arqueológico de Andalucía, II, 1994*, pp. 7-15.